

del cardenal guardaba la llave del mismo; bajaría muy temprano, encontraría la carta y la entregaría á su eminen-
cia, que no permitía que le abriesen nunca ninguna. Entonces tirarían los higos y no habría crimen posible, haciéndose un gran silencio acerca del hecho entre la so-
ciedad negra.

Pero, ¿y si no encontraba la carta en el buzón, qué pa-
saría? Admitió entonces esa suposición, vió con toda claridad llegar los higos á la mesa para el almuerzo, que era á la una, y adornarla con el lindo cestito artísticamente cu-
bierto de hojas. Darío estaba allí, como de costumbre, solo con su tío, puesto que no marchaba á Nápoles hasta por la tarde. El tío y el sobrino ¿comían los dos los higos, ó bien uno sólo? ¿Y cuál de los dos en este caso? Aquí la visión se embrolló; era otra vez el destino en marcha; ese Destino que había encontrado en la carretera de Frascati, yendo á un objeto desconocido, sin detención posible y pa-
snado por cima de todos los obstáculos. El cestito de hi-
gos seguía á su tarea necesaria, y que ninguna mano del mundo podía detener ni impedir.

Extendíase sin fin la vía Julia blanqueda por la luna, y Pedro, despertando como de un sueño, se paró ante el palacio Boccanera, negro bajo el cielo de plata. En una iglesia de la vecindad dieron las tres de la madrugada. Y experimentó un ligero estremecimiento al oír á su lado una queja dolorosa de fiera herida mortalmente, ese sordo gruñido involuntario que el conde, en medio de su lucha horrorosa, había dejado escapar de nuevo.

Pero, en seguida, lanzó una carcajada burlona y dijo estrechando la mano al presbítero:

—No, no, yo no paso de aquí... Si me viesen á estas ho-
ras y en estos lugares, se creerían que me he vuelto á enamorar de mi mujer.

Encendió un cigarro y se alejó sin volver la cara, re-
cortándose su silueta en la clara noche.

XIII

Pedro quedóse sorprendido cuando, al despertarse, oyó dar las doce. Con el cansancio del baile, del que se había retirado tan tarde, se quedó dormido con un sueño de ni-
ño, de una deliciosa tranquilidad, como si al dormir hu-
biese experimentado la dicha. Y en cuanto abrió los ojos, el sol radiante que penetraba por las ventanas le bañó de esperanza. Su primer pensamiento fué el de que aquella mis-
ma noche, á las nueve, vería al papa. Faltaban aún diez horas; ¿qué iba á hacer durante ese día bendito, cuyo cielo puro y espléndido le pareció un presagio venturoso?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase el aire tibio que le pareció tenía gusto de frutas y de flores, ese gusto en que se había fijado desde el día de su llega-
da, y del que más tarde, aunque en vano, intentó analizar la naturaleza, un gusto á rosa y á naranja. ¿Era posible que esto sucediese en Diciembre? ¡Qué país más admira-
ble para que Abril pareciese florecer en el dintel mismo del invierno! Después, cuando acabó de vestirse, se echó de bruces en la ventana para contemplar más allá del Tí-
ber, de color de oro, las pendientes del Janículo verdes en

todas las épocas del año, vió á Benedetta sentada al pie de la fuente en el jardincito abandonado del palacio. Y bajó porque no se podía estar quieto en ningún lado, y cediendo á una necesidad de vida, de alegría y de belleza.

De pronto lanzó Benedetta el grito que esperaba oír en sus labios y la vió radiante, resplandeciente, con las manos tendidas.

—¡Ah! ¡Qué dichosa! ¡Qué feliz soy, señor abate!

Con mucha frecuencia habían pasado las mañanas juntas en aquel rincón de calma y olvido, pero ¡qué mañanas más tristes cuando ni uno ni otro podían abrigar ninguna esperanza! Pero entonces, el abandono de los paseos invadidos por las hierbas que crecían en desorden, los bojés que habían brotado en el antiguo pilón lleno de arena, los naranjos simétricos, que eran los únicos que señalaban el límite de los antiguos paseos, les parecían á ambos que tenía todo ello un encanto infinito, una intimidad soñadora y tierna, en la que se podía muy bien reposar la alegría.

Y el sitio más agradable era el pie del gran laurel y en el rincón, en el que se encontraba la fuente. El hilillo salía sin interrupción de la boca enorme del trágico mascarón y caía con un ruido de flauta. Del gran sarcófago de mármol cuyos bajorrelieves representaban una desenfrenada frenética bacanal, en la que los faunos se llevan á las mujeres ó las derriban á empellones y con voraces besos. Y allí estaban fuera de los tiempos y de los lugares, en el fondo de un pasado corrido ya, tan lejano que desaparecían los alrededores lo mismo que las nuevas construcciones de los muelles, el barrio despanzurrado, empolvado aún con el polvillo de los escombros. Roma misma trastornada, con los dolores de un mundo nuevo.

—¡Ah!—repitió Benedetta.—¡Qué dichosa soy! ¡Me ahogaba en mi habitación y tuve que bajar aquí porque mi corazón estaba muy necesitado de espacio, de aire y de sol para palpar á sus anchas!

Habíase sentado al pie del sarcófago, en un fragmento de columna tumbada que servía como de banco, y quiso que el presbítero se colocase á su lado. No la había visto nunca tan hermosa, con sus negros cabellos rodeando su faz pura, toda ella sonrosada y delicada como una flor al

sol. Sus ojos inmensos y sin fondo, eran en la luz braseños en que rodaba el oro, mientras que su boca de niña, de candor y de razón prudente, tenía una risa de criatura buena, libre al cabo para amar á su antojo y sin ofender á Dios ni á los hombres. Hacía proyectos para el porvenir y soñaba en alta voz.

—¡Ah! Ahora todo es muy sencillo, y puesto que ya obtuve la separación de cuerpos, me costará muy poco trabajo conseguir el divorcio civil, en cuanto la Iglesia haya anulado mi casamiento. Y me casaré con Darío, ¡sí! hacia la primavera próxima, tal vez antes si conseguimos que abrevien las formalidades. Esta tarde á las seis, marcha á Nápoles, á donde tiene que ir á arreglar un asunto de interés, á vender una propiedad que nos quedaba aún allí, y de la que necesitamos deshacernos, porque todo nos costó muy caro. Pero ¡qué importa todo eso ahora, ya que vamos á ser el uno del otro! Dentro de algunos días, en cuanto vuelva, ¡qué horas más buenas vamos á pasar! ¡Cómo vamos á reírnos y qué alegremente se deslizará el tiempo! No he dormido apenas después de salir de ese baile que fué tan hermoso. ¡Hice tantos proyectos! ¡Ah! ¡Proyectos magníficos! Ya veréis, ya lo veréis, porque quiero ahora que no os vayáis de Roma hasta que se celebre nuestro casamiento.

Echóse Pedro á reír con ella, arrastrado por aquella explosión de juventud y de dicha, hasta el extremo de que tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no decir también cuán grande era su dicha, y la esperanza que le infundía su próxima entrevista con el papa; pero había jurado no hablar á nadie.

En medio del silencio estremecedor del jardincito soleado, oíase á intervalos el grito penetrante de un pájaro. Y Benedetta, bromeando, levantó la cabeza y contempló una jaula colgada en una ventana del primer piso.

—¡Sí, sí, Tata, grita mucho porque estoy muy contenta! Es preciso que todos estén alegres en la casa.

Volvióse después hacia Pedro con su aire loco de colegiala en vacaciones.

—¿No conocéis á Tata? ¡Cómo! ¿No conocéis á Tata? ¡Pues es la cotorra de mi tío el cardenal! Se la regalé durante la primavera pasada, y la adora permitiéndola que

le robe algunas cosillas de su propio plato. Es él quien la cuida, saca la jaula al sol y la guarda por la tarde, por temor á que la cotorra coja un constipado, dejándola después en el comedor, que es la habitación más caliente de que puede disponer.

Levantó también Pedro la cabeza y contempló la cotorra, una de esas preciosas cotorras de un verde ceniciento tan sedosas y esbeltas. Se colgaba con el pico en los barrotes de la jaula, y se columpiaba abriendo y cerrando las alas con la alegría que la producía el sol.

—¿Habla?—preguntó.

—¡Ah! ¡No hace más que gritar!—respondió Benedetta echándose á reír.—Mi tío dice que entiende todo lo que dice y que habla muy bien con ella.

Bruscamente cambió de conversación y como si una oscura coordinación de ideas la hiciese acordarse de su otro tío, del de alianza, que tenía en París, añadió:

—Debéis haber recibido una carta del vizconde de la Choue... Anteayer me escribiste manifestándome un pesar muy grande, porque aun no habíais sido recibido por Su Santidad. ¡Había contado con vos y con vuestra victoria para el triunfo de sus ideas!

En efecto; Pedro recibía con mucha frecuencia cartas del vizconde, en el que éste revelaba su desesperación al ver la importancia que adquiría de día en día su adversario el barón de Fouras, á consecuencia del gran éxito de la última campaña en Roma, con motivo de la peregrinación internacional del dinero de San Pedro. Era aquello el despertar del antiguo partido católico intransigente, con la amenaza á todas las conquistas liberales del neocatolicismo, si no se conseguía del Santo Padre una adhesión formal á las famosas corporaciones obligatorias para combatir en la brecha á las corporaciones libres exigidas por los conservadores. Y abrumaba á Pedro, enviándole complicados planes y dominándole la impaciencia al ver que no le recibían en el Vaticano.

—Sí, sí,—murmuró;—recibí una carta suya el domingo, y ayer tarde, al volver de Frascati, encontré aquí otra... ¡Ah! ¡Qué contento y qué satisfecho me pondría si pudiese darle una buena noticia!

De nuevo se desbordó su alegría al acordarse de que

aquella noche iba á ver al papa, ante el que abriría su corazón abrasado de amor para recibir el aliento supremo, para proseguir su misión de salvación social, en nombre de los pequeños y de los pobres. No se pudo contener más y soltó su secreto que le hinchaba el corazón.

—Al fin y al cabo,—dijo,—mi audiencia es para esta noche.

Benedetta no le comprendió al principio.

—¿Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Sí; monseñor Nani ha tenido la bondad de decirme, hoy de madrugada, en el baile, que el Santo Padre, al que habia entregado mi libro, deseaba verme... Y esta noche á las nueve me recibirá.

Púsose Benedetta muy encarnada, de tal modo hacía suya la alegría de Pedro, al que habia ido apreciando más y más cada día, hasta el extremo de profesarle una ardiente amistad. Y ese éxito obtenido por un amigo el día en que era tan feliz, tenía para ella una importancia extraordinaria, como si fuese la certidumbre de completa fortuna, y exhaló un grito de supersticiosa, exaltada y embelesada.

—¡Ah! ¡Dios mío, esto nos va á traer suerte! ¡Ah! ¡Qué dichosa soy, amigo mío, al ver que vuestra felicidad llega al mismo tiempo que la mía! Esto es para mí una dicha, pero una dicha que no podéis imaginaros... Y ahora es seguro que todo marchará bien, porque una casa en la que hay alguien que ha visto al papa, está bendita y el rayo no la hiera.

Refase más alto, palmoteaba y estaba tan estallante de alegría, que Pedro se inquietó.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Me han encargado mucho el silencio! Os lo suplico por favor, ni una palabra á nadie... ni á vuestra tía, ni aun á su eminencia... porque monseñor Nani experimentaría una gran contrariedad.

Prometióle entonces Benedetta callarse, y se eterneció hablando de monseñor Nani como de un bienhechor, porque ¿no era á él á quien debía el que al fin se hiciese anular su casamiento? Después, animada por una loca alegría, añadió:

—Decidme, amigo mío, ¿no es verdad que sólo la dicha es buena? No me pidáis lágrimas hoy ni aun para los po-

bres que sufren, que tienen hambre... que tienen sed... ¡Ah! ¡Es que en realidad no hay más que la dicha de vivir! Esto lo cura todo. ¡No se sufre, no se tiene sed, hambre ni frío cuando se es feliz!

Quedóse Pedro asombrado y contemplándola, siendo grande la sorpresa que le causó aquella extraña solución dada á la temible cuestión de la miseria. Repentinamente comprendió que toda su tentativa de apostolado era en vano, tratándose de aquella hija de un país de hermoso y espléndido cielo, y que tenía en sí el atavismo de tantos siglos de soberana aristocracia. Había querido catequizarla, conquistarla para el amor cristiano de los humildes y de los miserables; para la nueva Italia que soñaba, despertada para los nuevos tiempos, llena de compasión para las cosas y los seres. Y si ella se enterneció un día al oírle contar los sufrimientos del pueblo, fué en las horas en que sufría, en que su corazón manaba sangre con las más crueles heridas, y he ahí que, desde que estaba curada, celebraba la universal felicidad, como nacida en el país de los estíos abrasadores y de los inviernos benignos como primavera.

—Pero no todo el mundo es dichoso,—observó.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!—exclamó Benedetta.—Es que no los conocéis á los pobres... Que den á una muchacha de nuestro Transibere el hombre que ama, y se considerará tan dichosa como una reina, y por la noche comerá satisfecha su pan seco, pareciéndola que tiene el gusto azucarado más delicioso. Las madres que salvan á un hijo de una enfermedad, los hombres que salen vencedores en una batalla, ó que ven salir premiados sus números en la lotería... todos, en fin, no piden más que suerte y placer... Vamos, que en vano querréis ser justo y tratar de repartir mejor la fortuna, pues nunca habrá más satisfechos que aquellos cuyo corazón cantará con mucha frecuencia, sin saber por qué, cuando haga un día de hermoso sol como hoy.

Hizo Pedro un gesto como de abandono, no queriéndola entristecer, poniéndose á defender en su presencia la causa de tantos pobres seres que en aquellos momentos mismos agonizaban lejos, en algún rincón, sucumbiendo al dolor físico y al dolor natural; pero, bruscamente, por

el aire, tan luminoso y puro, pasó una gran sombra, y experimentó la tristeza infinita de la alegría, la desesperación sin límites del sol, como si alguno, al que no veían, hubiese dejado caer aquella sombra. ¿Era el aroma en exceso fuerte del laurel, el perfume acre de los naranjos y de los bojés los que le producían aquel vértigo? ¿Era acaso el estremecimiento de sensual tibieza con que sus venas empezaban á latir entre las ruinas de aquel rincón de antiguas pasiones? ¿O no sería, tal vez, aquel sarcófago con su desenfundada bacanal el que despertaba la idea de la muerte próxima, en el fondo mismo de las obscuras voluptuosidades del amor bajo el peso no saciado de los amantes? Durante un momento, figurósele que la clara canción de la fuente era un prolongado sollozo y creyó que todo se anonadaba en aquella sombra formidable venida de lo invisible.

Benedetta hablale asido las dos manos y le despertaba, haciéndole sentir el encanto de estar allí y á su lado.

—¿No es verdad que la discípula no es muy dócil? ¿No es cierto que tiene muy dura la mollera? ¡Y qué queréis! Hay ideas que no pueden entrar en nuestra cabeza. No, no es posible que hagáis comprender nunca esas cosas á una hija de Roma... Estimadnos, pero contentaos con querernos tal cual somos, hermosas con toda la fuerza y tanto como podamos serlo.

Y estaba tan hermosa en aquel instante, tan bella en el resplandeciente esplendor de su belleza, que Pedro tembló como en presencia de un dios, ante el poderío que gobernaba el mundo.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!—balbuceó,—la belleza soberana aun, siempre soberana... ¡Ah! ¡Por qué no había de bastar para saciar el hambre eterna de los pobres hombres!

—¡Bah! ¡Bah!—exclamó alegremente Benedetta.—¡Es tan bueno vivir! Subamos á comer que mi tía debe estar esperando.

La comida era á la una, y las raras veces que Pedro no comía fuera, sabía que tenía puesto su cubierto en la mesa de aquellas señoras, en un comedorcito del segundo piso que tenía vistas á un patio de mortal tristeza. A la misma hora y en el primer piso, en la sala soleada, desde cuyas ventanas se dominaba el Tíber, comía también el

cardenal, quien se consideraba muy dichoso al tener como convidado á su sobrino Darío, porque su secretario *don Vigillio*, su otro comensal ordinario, no despegaba nunca los labios más que cuando le hacían alguna pregunta. Los dos servicios eran completamente distintos, no teniendo ni la misma cocina ni el mismo personal, y de común no había entre ellos más que una habitación del cuarto bajo que servía de oficio.

Por más que la sala del segundo era tristona iluminada por la media claridad verdosa del patio, el almuerzo de las dos señoras y del presbítero fué muy alegre. *Donna Serafina*, de ordinario tan rígida, parecía haberse suavizado á impulsos de una gran felicidad interior. No había, á la cuenta, apurado aún las delicias de su triunfo de la víspera cuando asistiera al baile apoyada en el brazo de *Morano*, y fué ella precisamente la primera que habló del baile, pero con mucho elogio, por más que, según decía, la molestó bastante la presencia del rey y de la reina. Dió cuenta además de cómo, gracias á una táctica muy habil, pudo evitar que la presentasen. Aparte de esto, confiaba en que su cariño á *Celia*, de la que era la madrina, bastaría para explicar su presencia en aquel salón neutro en el que se codearon todos los poderes. No obstante, debía conservar algún escrúpulo, porque manifestó que en cuanto acabasen de comer tenía que salir para ir al Vaticano á visitar al cardenal secretario, al que deseaba hablar de una hermandad de la que era la patrona y protectora. Debía parecerle que aquella visita de compensación al día siguiente del baile de los *Buongiovanni*, era indispensable.

Nunca se había inflamado con tanto celo ni con más esperanza á propósito del próximo advenimiento de su hermano el cardenal al trono de San Pedro, y esto era para ella el triunfo supremo, una exaltación de su raza que el orgullo de su apellido creía necesaria é inevitable, y durante la última indisposición que sufriera el papa reinante, había llevado las cosas hasta el extremo de inquietarse por la canastilla, cuyas ropas quería mandar marcar con las armas del nuevo pontífice.

Benedetta no dejó un instante de bromear, riéndose de todo, hablando de *Celia* y de *Attilio* con la ternura apasionada de una mujer cuyas dichas amorosas gozan al con-

templar las de una pareja amiga. En el momento en que servían los postres se quedó sorprendida, mirando al criado, al que dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso, Giacomo? ¿Y los higos?

El criado, con sus lentos ademanes tan semejantes á los de una persona dormida, la miró, sin comprender lo que le quería decir. Por fortuna, *Victorina* cruzaba en aquel momento la habitación.

—¿Y los higos, *Victorina*? ¿Cómo es que no nos los sirven?

—¿Qué higos, *contessina*?

—Pues los higos que he visto hoy por la mañana, abajo, en el oficio, cuando por curiosidad pasé por allí para dirigirme al jardín. Unos higos soberbios que ví en un cestito... Es más, me chocó que pudiese haberlos aún estando tan avanzada la estación... A mí me gustan muchísimo, y me puse muy contenta, diciéndome que podría saborearlos á la hora de comer.

Victorina se echó á reír.

—¡Ah! ¡Ya lo sé! Lo sé, *contessina*. Son los higos que traje ayer ese presbítero de *Frascati*, ese párroco de allá abajo que vino anoche en persona á traerlos para su eminencia. Estaba yo delante y por tres veces repitió que era un regalo que debía colocarse sobre la mesa de su eminencia sin tocar ni una sola hoja... Entonces se hizo como él lo indicó.

—¡Pues bien! ¡Es muy extraño!—exclamó *Benedetta* con cómica cólera.—Ahí tenéis unos golosos que van á regalarse sin acordarse de nosotros cuando me parece que, al menos, debían haber repartido.

Intervino *donna Serafina*, y encarándose con *Victorina*, la preguntó:

—¿Querréis hablar del cura que iba antaño á hacernos visitas á la villa?

—Sí, sí, del mismo, del cura *Santobono*, del que es párroco de esa iglesia pequeña de Santa María de los Campos... Cuando viene, pregunta siempre por el abate *Paparelli*, del que, según creo, fué compañero en el Seminario. Y ayer fué precisamente quien nos lo presentó en el oficio con su cestito... ¡Dichoso cestito! Figuraos que, á pesar de tanto encargo, se nos olvidó ponerlo á la hora convenien-

te en la mesa de su eminencia, de manera que hoy nadie habría aprovechado los higos á no bajar corriendo el abate Paparelli por ellos para subirlos él mismo con verdadera devoción y como si llevase el Santo Sacramento... ¡Es cierto que á su eminencia le gustan tanto!

—No será esta mañana cuando mi hermano los pruebe,—indicó la primera,—porque no se encuentra muy bien y pasó muy mala noche.

Al oír repetir varias veces el apellido de Paparelli, había puesto pensativa *donna Serafina*. El caudatario, con su faz abotargada y flácida, llena de arrugas, su estatura rechoncha y pequeña de solterona devota con falda negra, le era antipático, le desagradaba desde que se dió cuenta del extraordinario ascendiente que adquiría sobre el cardenal con su humildad y anulamiento. No era ni más ni menos que un criado, en apariencia el más humilde, y sin embargo, gobernaba, y *donna Serafina* comprendía que combatía su influencia, deshaciendo con mucha frecuencia lo que ella misma hacía ó proponía en favor de las ambiciones de su hermano. Lo peor era que en dos ocasiones habíanle creído culpable por haber impulsado al cardenal á cometer actos que á ella se le figuró que eran verdaderas faltas. Tal vez se equivocó, porque de todos modos le hacía justicia y reconocía que poseía raros méritos y una piedad de todo punto ejemplar.

Benedetta, sin embargo, continuó riendo y bromeando, y cuando se marchó Victorina, llamó al criado, al que dijo:

—Escuchad, Giacomo, voy á daros un encargo...

No siguió adelante para decir á su tía y á Pedro:

—Os lo ruego: hagamos valer nuestros derechos... Me parece que los estoy viendo en la mesa, casi debajo de nosotros, y como nosotros, habrán llegado á los postes... Así levantan las hojas, se sirve sonriendo los que le agradan y pasa luego la cestita á Darío que hace lo mismo, dándosela luego á *don Vigilio*... y los tres se comen los higos, saboreándolos con mucha compunción, ¿los véis? ¿No los estáis viendo?

Y Benedetta los veía y era su necesidad de estar al lado de Darío, su pensamiento que de continuo volaba hacia él, el que de ese modo lo evocaba en compañía de los otros

dos. Su corazón estaba abajo, oía, escuchaba y sentía con todos los exquisitos sentidos de su amor.

—Bajaréis, Giacomo, y váis á decir á su eminencia que nos estamos muriendo de ganas de probar esos higos y que será muy amable si nos manda los que no quiera.

Intervino de nuevo *donna Serafina*, recobrando su acento severo, y diciendo:

—Vais á hacerme el favor, Giacomo, de no moveros.

Y volviéndose hacia su sobrina, añadió:

—Basta de niñerías. Me causan horror todas esas chiquilladas.

—¡Ah! ¡Soy tan feliz, querida tía, y hace tanto tiempo que no me he reído de esta manera ni de tan buena gana!...

Hasta entonces había limitado Pedro á escuchar, alegrándose sencillamente al verla contenta hasta ese extremo, y como observase que después de esto se producía un poco de frío, habló entonces y manifestó su propio asombro al haber visto la víspera, y en época tan avanzada de la estación, frutas en la famosa higuera de Frascati. Eso se debía, sin duda, á la posición del árbol y á que á éste le resguardaba la elevada tapia del huerto.

—¡Ah! ¿Habéis visto la famosa higuera?—preguntó Benedetta.

—Sí; ¡es más, he viajado con los higos que tanto empeño tenéis en comer.

—¡Cómo! ¿Viajado con los higos?

Primero pesáronle las palabras que se le habían escapado, pero después prefirió decirlo todo.

—Encontré allá abajo á un amigo que había ido en coche y que se empeñó que volviese con él. En el camino recogimos al cura Santobono que lo seguía animosamente á pie cargado con su cestito... Es más, hasta nos detuvimos un momento en una hostería.

Siguió hablando, dió cuenta del viaje y de las vivas impresiones experimentadas á través de la campiña romana invadida por el crepúsculo. Pero Benedetta, enterada, informada y prevenida, mirábale con fijeza, pues no ignoraba las visitas que Prada hacía á Frascati á sus terrenos y á sus construcciones.

—¡Un amigo!—murmuró.—El conde, ¿no es eso?